

Reseña de Corey Lee Wrenn (2016): *A Rational Approach to Animal Rights: Extensions in Abolitionist Theory*, New York, Palgrave Macmillan, 239 pp.

**ISBN: 978-1-349-55267-2**

Alejandro Villamor Iglesias (2017): Reseña de Corey Lee Wrenn (2016): *A Rational Approach to Animal Rights: Extensions in Abolitionist Theory*, New York, Palgrave Macmillan. ILEMATA. Revista Internacional de Éticas Aplicadas, n.º 25, 303-306

Si algo semeja caracterizar con claridad a los diversos movimientos por los derechos de los animales en los últimos años, esto es su exponencial crecimiento. Sin embargo, a pesar de incuestionables progresos, los animales no humanos continúan siendo explotados de diferentes modos. Centrándose en el marco social, cultural y económico de los EEUU, la socióloga Corey Lee Wrenn realiza en la presente obra una propuesta de teoría racional que pretende superar todas las aporías e incongruencias propias de organizaciones sin ánimo de lucro como las antiespecistas.

En el primero de los capítulos, "Rationality and Nonhuman Animal Rights", se comienza exponiendo brevemente la distinción entre el bienestarismo y el abolicionismo en lo que a las estrategias de carácter antiespecista respecta. Esto es, de una parte, aquella posición que sostiene que las demandas se deben centrar en la mejora de las condiciones de vida de los animales empleados por los humanos. Por decirlo con la fórmula más típica, el bienestarismo persigue un trato más "humano" para con el resto de los animales. Por su parte, el abolicionismo reclama sin tapujos la supresión de la explotación de los animales no humanos. Como dijo Tom Regan: "la petición ineludible de los derechos de los animales se resume en tener jaulas vacías, no más grandes" (2006, 24). Con todo, será Gary Francione el abolicionista tomado en cierta medida como cabecera de nuestra autora, la cual asumirá esta misma posición frente a la bienestarista al considerar que esta no da solución al problema de la explotación animal, sino que más bien lo posterga. Así, una teoría racional para el movimiento antiespecista, asegura, es incongruente con una demanda que perpetúe el abuso cometido contra otros individuos sintientes. Esto se puede entender si tenemos presente la definición que ofrece Lee Wrenn de "racional" como aquello imbricado o adherido a la "razón", al "pensamiento crítico", a la "reflexión" y al

“escepticismo” (p. 6). Asimismo, un enfoque racional deberá ser “lógico”, “coherente” o estar basado en la “observación”. En el resto del capítulo la socióloga enuncia en un tono ciertamente general algunos de los aspectos que desenvolverá en los siguientes capítulos. Caso este de la erradicación del sexismo de los movimientos sociales por los derechos de los animales, el excesivo protagonismo de ciertas organizaciones o figuras autoritarias o, por supuesto, la misma demanda de un enfoque racional.

En la línea de lo señalado, en el segundo capítulo del trabajo, “Irrationalities in Welfarist Organizational Pathways”, se ahonda en los problemas que conlleva la burocratización de los movimientos sociales antiespecistas con fines bienestaristas. Para la autora no cabe duda de que la búsqueda de una regulación de la explotación de los animales es una “táctica irracional” (p. 29). Por ello, la cristalización de esta estrategia bienestarista en organizaciones estrictamente burocratizadas y profesionalizadas es doblemente reprochable. Si bien se admite que algún grado de organización es necesaria (p. 59), el anhelo de racionalidad administrativa predominante a día de hoy entre quienes forman parte de los movimientos antiespecistas es excesivo e, incluso, contraproducente. Max Weber sería el autor del que procedería la falsa idea de que esta forma de organización termina resultando positiva. Si bien en la actualidad estaríamos asistiendo a una radicalización del mismo, tal y como ilustra la “teoría de la McDonalquización” de George Ritzer (2010), según la cual los propios movimientos sociales tienden hacia la “hipereficiencia”, la “calculabilidad” o el máximo “control”. Hasta el punto esto, conforme a políticas bienestaristas, de que haya activistas antiespecistas que caigan en la “irracionalidad” de no demandar siquiera el veganismo (p. 60). Más que la mera movilización de recursos, el quid del éxito se sitúa para Lee Wrenn en la eficacia táctica de quien sabe jugar sus cartas sin enquistarse en el sistema como si de una empresa se tratase.

¿Cómo llevar a cabo, pues, una defensa racional para la consideración moral de los animales no humanos? Continuando con las anteriores críticas, en el tercer capítulo (“Rational Advocacy and the Logic of Persuasion”) la autora de la obra afirma que en esta defensa muchas organizaciones priorizan su propia longevidad a la búsqueda de la erradicación del especismo (p. 62). Así, tomando como base la pregunta que acabamos de realizar, en este apartado se asegura que existe una miríada de maneras de difundir el antiespecismo, como por ejemplo: la producción de películas y documentales –numerosos estudios demostrarían su enorme eficacia para, al menos, despertar el interés de los individuos en la cuestión–, las catas de comida vegana para hacer frente a los mantras acerca de su excesivo coste y mal sabor, el reparto de folletos en campus universitarios o actividades en blogs y redes sociales. Sin embargo, como ya apuntara el citado Tom Regan (p. 63), de entre todas estas posibilidades la socióloga destaca la educación en veganismo como el uso más eficiente de los recursos. Otras posibilidades, como el uso de la violencia entendida en el sentido más amplio, son rechazadas como contraproducentes como ya han mostrado, según Lee Wrenn, movimientos abolicionistas contra la opresión de individuos humanos.

Otra importante cuestión que articula el presente capítulo de la obra reside en la posibilidad de la focalización del discurso ora sobre la emoción, ora sobre la razón. *Grosso modo*, la autora estadounidense considera que es necesario combinar las dimensiones emocional y racional del discurso sin perder de vista en ningún caso el tipo de audiencia al que este está dirigido. En consecuencia, si nos encontramos ante un público con una formación académica elevada y mentalidad analítica deben predominar las apelaciones a la razón con argumentos más rigurosos (p. 65). Por la contra, si nos encontramos en otro tipo de casos pueden llegar a resultar más convenientes aquellos discursos que se centren en la empatía emocional de la audiencia con los oprimidos, recurriendo a recursos como la analogía, por ejemplo, con la esclavitud humana.

Una de las novedades que podemos hallar en la propuesta racional del libro se encuentra en el intento de amalgamar en ella distintas demandas contra determinados colectivos oprimidos. Por este motivo, el cuarto capítulo, "Reconciling Gender and Rationality", comienza criticando al "posfeminismo" que, se asegura, está reforzando subrepticamente los cimientos del patriarcado a través de un uso cuestionable de conceptos como el de "empoderamiento", por ejemplo, mediante la producción o consumo de pornografía por parte de las mujeres (p. 96). El poder en nuestras sociedades no está distribuido equitativamente. Las raíces patriarcales están palmariamente presentes en ellas y, asimismo, en los movimientos sociales por los derechos de los animales. El de PETA es un caso especialmente paradigmático de organización que, a pesar de rechazar explícitamente el sexismo (p. 98), se sirve de la cosificación de las mujeres como objetos sexuales con el fin de atraer al público de las sociedades patriarcales. Baste recordar tan sólo el empleo de modelos desnudas, como Pamela Anderson, por parte de PETA para ilustrar su instrumentalización del sexismo. No obstante, lejos de formar parte de un caso aislado, otras organizaciones como la australiana "Animal Liberation Victoria" o el "Israeli Nonhuman Animal Rights organization 269 Life" (p. 99) tienen en su historial acciones semejantes a las de PETA. Otro caso sangrante lo encontramos en Oregón, donde existe un club de striptease vegano que, entre otras cosas, pretende mostrar que las mujeres veganas son hermosas y saludables (p. 103). Para la autora, además de ser escasamente eficaces, este tipo de iniciativas sexistas incurren en una doble incongruencia. En primer lugar, en el hecho de que se está intentando atacar una forma de discriminación y opresión a través de otra. Por otro lado, manteniendo el sexismo en su seno los movimientos antiespecistas no hacen otra cosa que tirar piedras contra su propio tejado, dada la mayoría de mujeres que los componen. Asumiendo que el poder hegemónico tiene la patente para la construcción de la realidad social, que ciertas organizaciones insistan en desvalorización de la mayor parte de sus miembros como objetos sexuales no parece destacar por su coherencia. Muy al contrario, cualquier movimiento social abolicionista que pretenda ser racional, y por ende efectiva, deberá asumir los principios feministas en aras de la concepción igualitarista de la que parten.

En el quinto capítulo, "Problematazing Post-Race ideology", la necesidad de integración reclamada contra el sexismo se extenderá al racismo. Si bien este prejuicio no es tan visible en algunas organizaciones antiespecistas como el sexista, no es menos cierto que en tanto tal ha de ser erradicado. Para iniciar el trato a la problemática, la autora comienza exponiendo el ejemplo de unos activistas israelíes que tomaron como lema "Non-Human First!" en el año 2013 (p. 120). La razón abanderada por los mismos consistía en que, mientras que los animales humanos pueden librar sus propias batallas, no así con los no humanos. Por lo tanto, quienes se declaren antiespecistas deberían concentrar sus esfuerzos en esta causa. En las antípodas de esta reflexión, la autora señala la peligrosidad de la misma, máxime cuando la mayor parte de las personas que forman parte de los movimientos por los derechos de los animales son "blancas", de "clase media" y con una "buena formación académica" (p. 121). Este hecho puede llegar a conducir a errores como la usual criminalización en EEUU de personas negras e hispanas, de clase baja que, por ejemplo, no tienen otro remedio que trabajar en mataderos. Como dice Lee Wrenn, como sucede con los individuos de otros grupos oprimidos, estas personas también son víctimas del sistema. Otro caso representativo es el protagonizado por el músico y activista británico Morrissey, quien declaró que el trato que los chinos dan a los perros y gatos le convenció de que estos son una "subespecie" (p. 129). Como corolario de lo dicho, la autora sostendrá la necesidad de agrupar el movimiento antiespecista con el antirracista.

El penúltimo capítulo de la presente obra, denominado "The Case for Secular Activism", recalca, en la línea de los anteriores, la demanda de incorporar en un enfoque racional

abolicionista a los ateos en tanto grupo socialmente discriminado. De este modo, la autora considera un error el uso de tácticas de carácter religioso para combatir las desigualdades propiciadas, por ejemplo, por el especismo. Sobre la base de los estudios sociológicos sobre la religión de Marx, Durkheim y Weber se concluirá que a lo largo de la historia las religiones han sido mayoritariamente un instrumento de opresión y de desigualdad (p. 144). Y es que, para empezar, en virtud de la definición de “racional” esbozada en el primer capítulo, las religiones ni siquiera cumplen el requisito de ser racionales debido a su carácter inherentemente dogmático. Por ende, los movimientos abolicionistas deben prescindir de cualquier tipo de tinte religioso. Ahora bien, cabe aclarar que este espíritu crítico debe estar dirigido contra las religiones en su versión institucionalizada, y no contra la fe que cada cual pueda sentir en su fuero interno. Siempre y cuando, eso sí, esta no sea tomada como justificación para la opresión de ningún colectivo, sea de individuos humanos o no humanos. Aunque la retórica religiosa haya podido ser utilizada en su favor ocasionalmente, el antiespecismo debe ser laico.

El séptimo y último capítulo de la obra está dedicado a las conclusiones. Fundamentalmente, en él nos topamos con una síntesis de los principales puntos para la elaboración de un enfoque racional para el movimiento antiespecista. Desde la necesidad de seguir una estrategia racional y efectiva basada en el conocimiento científico hasta el rechazo de cualquier tipo de opresión, las organizaciones sociales deben dejar de lado sus intereses particulares de supervivencia. Así, más allá de las soluciones individuales, la coordinación en grupo es el único modo de hacer frente a unas desigualdades abisalmente imbricadas en el sistema. Ante esta situación, “el abolicionismo debe significar algo más que el trabajo para terminar con la violencia contra otros animales; debe conllevar el fin de la violencia contra *todos* los seres sintientes” (p. 193).

La llamada a una reflexión sosegada para quienes sostienen ciegamente la demanda del fin de las opresiones impregna una obra con una tesis ambiciosa: los movimientos abolicionistas no se pueden ignorar ni instrumentalizar mutuamente. En aras de un éxito común, que no es otro que el del principio de la igualdad, el movimiento abolicionista antiespecista debe ser asumir como propia la lucha contra todo tipo de opresión.

## Referencias

- Regan, T. (2006): *Jaulas Vacías: El Desafío de los Derechos de los Animales*, Barcelona: Fundación Altarriba.  
Ritzer, G. (2010): *The McDonaldisation of Society*, Thousand Oaks, CA: Pine Forge Press.

**Alejandro Villamor Iglesias**

Universidad de Santiago de Compostela  
[alejandrovillamoriglesias@yahoo.es](mailto:alejandrovillamoriglesias@yahoo.es)